

sumergido en un estado de opresion, y queriau anular con este motivo todas las leyes á que daba su consentimiento á lo menos en apariencia. El mismo Luis XVI parecia complacerse en aquella política, pues no habia querido llamar á sus guardias de corps reformados en los dias 5 y 6 de octubre, y permitia que le guardase la milicia nacional en medio de la cual sabia que no corria peligro. Su plan era aparentar que vivia en un estado de cautiverio; pero la municipalidad de Paris desbarató aquella pequeña intriga suplicándole que volviese á llamar á sus guardias, á lo que se negó bajo pretextos vanos y por intermedio de la reina.*

Empezaba el año 1790 con una agitacion que reinaba por todas partes y que hacia contraste con la tranquilidad que habia habido en los tres últimos meses del año anterior. Suele el reposo suceder á las grandes agitaciones en medio de pequeñas crisis que preceden á las grandes y se echaba la culpa de aquellas turbulencias al clero, á la nobleza, á la corte y á la misma Inglaterra que tuvo que justificarse de ello por boca de su embajador. Hasta las mismas compañías asalariadas de la guardia nacional tomaron parte en la inquietud general, y algunos de sus soldados reunidos en los campos Eliseos pidieron un aumento de paga.

* Véase la nota 13 al fin del tomo.

Pero acudió Lafayette, que siempre se hallaba en todas partes, los dispersó, los castigó y restableció el orden en su tropa esencialmente fiel, á pesar de aquellas ligeras interrupciones de disciplina.

Se hablaba particularmente de una conspiracion contra la asamblea y la municipalidad, cuyo supuesto corifeo era el marques de Favrás¹⁰, á quien se prendió con mucho estrépito y se le entregó á la audiencia territorial. Al instante corrió la voz de que se habia intentado asesinar á Bailly y á Lafayette; que se habian reunido en Versalles hasta en número de 1200 hombres de caballería para llevarse al rey; que un ejército compuesto de suizos y piomonteses estaba pronto á recibirle y marchar despues sobre Paris. Se añadia que Favrás era el agente secreto de personajes muy elevados, recayendo las sospechas sobre el hermano mayor del rey. En efecto Favrás habia servido en su guardia y negociado un empréstito por su cuenta. Atemorizado el príncipe por la agitacion de los ánimos, se presentó en la casa de la ciudad protestando contra semejantes insinuaciones, esplicó sus relaciones con Favrás, hizo recuerdo de sus propias simpatías populares, manifestadas en la asamblea de los notables y pidió que se le juzgase, no por hablillas vulgares, sino conforme á su patriotismo notorio y nunca desmentido.* Fué escu-

* Véase la nota 14 al fin del tomo.

chado con aplausos universales y cuando se retiró le fué acompañando la multitud hasta su palacio.

Se siguió la causa de Favrás, quien en el discurso de sus largos viages por toda Europa se habia casado con una princesa estrangera y se afanaba en inventar proyectos para restablecer su fortuna. Parece que en las jornadas de 14 de julio, en las de 5 y 6 de octubre y en los primeros meses de 1790 habia formado varios planes, entre los que le acusaban los testigos particularmente del último que consistia en facilitar la salida del rey, asesinando antes á Bailly y á la Fayette. Pero ninguna prueba se presentaba de que se hubiesen reunido 1200 caballos, ni que se hubiesen puesto en movimiento el ejército suizo y piamontes. Fatales eran las circunstancias para Favrás, porque acababa la audiencia de poner en libertad á Besenval y á otros complicados en la conspiracion de 14 de julio, lo cual habia causado mucho descontento en la opinion. Sin embargo Lafayette tranquilizó á los jueces exortándoles á que hicieran justicia recta, prometiéndoles que se ejecutaria su sentencia, fuese la que fuese.

Con estas causas volvieron á renacer las sospechas contra la corte, á quien se tachaba de incorregible pues que se atrevia todavía á conspirar en la misma capital, y así aconsejaron al rey que diese un paso solemne para satisfacer la opinion pública.

El 4 de febrero 1790 quedó admirada la asamblea al ver que se hacian algunos preparativos en el salon de sesiones. Se habian cubierto las gradas de la mesa con un tapiz bordado de flores de lis: se habian bajado los asientos de los secretarios; el presidente estaba en pie al lado de su asiento ordinario, cuando de repente gritaron los porteros «El rey» y Luis XVI entró inmediatamente. A su vista se levantó la asamblea y le recibió con vivos aplausos. Ocupan las tribunas un sin número de espectadores presurosos que invaden todos los sitios del salon, aguardando con la mayor impaciencia las palabras reales. Luis XVI habló en pie á la asamblea que estaba sentada, principió recordando los alborotos que se habian manifestado en varios puntos de Francia, y los esfuerzos que él habia hecho para calmarlos y asegurar las subsistencias del pueblo. Recapituló los trabajos de los representantes, declarando que él habia intentado las mismas reformas con el establecimiento de las asambleas provinciales, y últimamente probó que él mismo habia manifestado antes los deseos que acababan de realizarse; añadiendo que le parecia oportuno unirse mas estrechamente á los representantes de la nacion, en el momento en que se le presentaron los decretos destinados á dar al reino, una completa y nueva organizacion. Dijo que facilitaria con todo su poder el buen

éxito de tan vasta empresa y que todo proyecto contrario seria culpable á sus ojos y perseguido por todos los medios.

Al oír estas palabras todos los concurrentes prorrumperon en nuevos aplausos. Prosiguió el rey recordando sus propios sacrificios, escitando á cuantos habian sufrido perjuicios á que imitasen su propia resignacion, aceptando como indemnizacion de sus pérdidas los bienes que la nueva constitucion prometia á la Francia. Pero cuando despues de haber ofrecido defender la constitucion, añadió que haria todavia mas, y que de acuerdo con la reina preparaba de ante mano el espíritu y el corazon de su hijo al nuevo órden de cosas y le acostumbraria á cifrar su felicidad en la de los franceses, resonaron por todas partes aclamaciones de amor. Todos estienden los brazos hacia el monarca buscando con ojos ansiosos á la madre y al hijo, y todos solicitan verlos con un entusiasmo universal. Concluyó por fin el rey su discurso recomendando la concordia y la paz á aquel *buen pueblo de quien basta que se le asegure que es querido, para consolarle de todas sus penas.** Al oír estas últimas espresiones, todos los asistentes prorrumperon en testimonios de agradecimiento. Contestó brevemente el presidente, espresando el de-

* Véase la nota 15 al fin del tomo.

sórden de los sentimientos que reinaban en todos los corazones. Salió el rey acompañado hasta las Tuillerías por la multitud, y en seguida decretó la asamblea que se diesen las gracias al rey y á la reina. Se presentó entonces una nueva idea y fue que supuesto que Luis XVI acababa de comprometerse á mantener la constitucion, parecia regular que los diputados hiciesen otro tanto. En consecuencia se propuso el juramento cívico y cada diputado juró, *ser fiel á la nacion, á la ley y al rey, y mantener con todo su poder la constitucion decretada por la asamblea nacional y aceptada por el rey.* Piden los suplentes y los diputados del comercio que se les admita á prestar el mismo juramento: les imitan las tribunas públicas y reservadas y por todas partes no se oyen mas que estas palabras: *lo juro.*

La misma ceremonia se repitió en la casa de la ciudad, y de ayuntamiento en ayuntamiento se hizo lo mismo en toda la Francia. Se mandaron celebrar regocijos públicos y pareció general y sincera la efusion de todos los corazones. Convenia sin duda adoptar una nueva conducta y no inutilizar aquella reconciliacion, como lo habian sido todas las anteriores: pero aquella misma noche, mientras que Paris resplandecia con las iluminaciones que celebraban tan feliz acontecimiento, la corte volvia ya á las andadas y los diputados populares pudieron advertir que se les re-

cibia en palacio de un modo diferente que á los diputados nobles. En vano Lafayette, cuyos consejos llenos de juicio y sensatez eran enteramente desoidos, repitió á los cortesanos que ya no podia el rey titubear, sino estrecharse sinceramente con el partido popular y esforzarse en ganar su confianza: que para ello no bastaba proclamar sus intenciones en la asamblea, sino que debian patentizarse hasta sus menores acciones: que debia mostrarse ofendido de la menor palabra equívoca que se proferiese en su presencia, y rechazar la mas ligera duda que se manifestase acerca de su verdadera voluntad; que no debia manifestar ni embarazo ni descontento ni tampoco dejar ninguna esperanza secreta á los aristócratas, y por último que debian los ministros mantenerse unidos, sin permitirse ninguna rivalidad con la asamblea, ni obligarla á recurrir á cada instante á la opinion pública. En vano repetia Lafayette estos prudentes consejos con instancias respetuosas. El rey recibía sus cartas que le parecian escritas por un hombre de bien, pero la reina las apartaba de sí con disgusto, y hasta los respetos del general la irritaban. Con mucho mas agrado recibia á Mirabeau, que era mas influyente, pero ciertamente menos irreprochable que Lafayette.

Continuaban las comunicaciones de la corte con Mirabeau, que tambien entretenia relaciones

con el hermano mayor del rey, cuyas opiniones le hacian mas accesible al partido popular, y le repetia continuamente lo mismo que no cesaba de decir á la reina y á Mr. de Montmorin, á saber, que el único modo de salvarse la monarquía era la libertad. Convino por fin Mirabeau con la corte por medio de una tercera persona, y sentó sus principios en una especie de profesion de fé, de cuyos límites prometió no apartarse, asi como sostener á la corte, mientras que esta permaneciese dentro de la misma línea. Se le señalaba en recompensa un sueldo de bastante consideracion; sin duda que la recta moral no aprueba semejantes tratos, ni permite que se cumplan las obligaciones sino por el deber de cumplirlas; ¿Pero se dirá por eso, que se vendió Mirabeau? Un hombre débil se hubiera vendido sin duda, sacrificando sus principios, pero el omnipotente Mirabeau, lejos de sacrificar los suyos, los hacia admitir por la autoridad y recibia en cambio ciertos auxilios, sin los cuales no podia pasarse en razon de sus grandes necesidades y de sus pasiones desordenadas. * Al reves de los que venden á

* Con permiso de Mr. Thiers, nosotros creemos que no solo la severa moral, mas la simple decencia en un hombre bien nacido debieran haber dictado á Mirabeau sentimientos mas delicados. Fuera de esto, jamas pueden servir de discul-

precio muy subido conocimientos ordinarios y conciencias acomodaticias, Mirabeau, impertérrito en sus principios, combatia alternativamente contra su partido y contra la corte con la misma independencia que si no debiese al primero su popularidad y á la segunda sus medios de existencia. Fue tal su conducta, que no pudiendo los historiadores creer que fuese aliado de la corte á quien atacaba, dicen que su convenio no se verificó hasta el año 1791, siendo asi que lo fué desde los primeros meses de 1790. Mirabeau visitó á la reina y la agradó mucho el talento y la gracia con que se esplicó, asi como él tuvo motivos para quedar satisfecho de la amabilidad con que le recibió aquella princesa. Aquel hombre extraordinario era tan sensible á los placeres de la vanidad como á todos los de las demas pasiones. Era preciso servirse de él con toda su fuerza y con todas sus debilidades, y emplear uno y otro en beneficio de la causa comun. Ademas de Lafayette y Mirabeau contaba tambien la corte con Bouillé á quien ya es tiempo que demos á conocer.

Dotado de valor, probidad y talento tenia Bouillé para admitir un cohecho tan caracterizado como el que se refiere, las necesidades creadas por los vicios; sobre todo en un hombre de tantos recursos intelectuales como el personage de quien se trata. (N. del T.)

llé todas las tendencias aristocráticas, aunque con mucho menos obcecacion y mayor destreza en los negocios. Retirado á Metz donde mandaba una vasta estension de fronteras y una gran parte del ejército, procuraba mantener la desconfianza entre sus tropas y las guardias nacionales con el fin de conservar aquellas adictas á la corte. Puesto allí por decirlo asi, en expectativa inspiraba recelos al partido popular y parecia ser el campeon de la monarquia, asi como Lafayette lo era de la constitucion. Mas sin embargo, le desagradaba la aristocracia; y la debilidad del rey le quitaba el gusto para continuar en el servicio militar, que hubiera abandonado á no mediar las vivas instancias de Luis XVI para que permaneciese en él. Era Bouillé un hombre de honor, y ya que habia prestado juramento, no pensó mas que en servir al rey y á la constitucion. Hubiera debido la corte reunir á Lafayette con Mirabeau y Bouillé, y con ellos hubiera podido mantener su crédito en las guardias nacionales, en la asamblea y en el ejército que eran las tres potencias del dia. Verdad es que habia algunos motivos de divergencia entre ellos, porque Lafayette con muy buena voluntad estaba dispuesto á unirse con todos los que querian servir al rey y á la constitucion. Pero Mirabeau tenia celos de la autoridad de Lafayette, ofuscándole su celebrada pureza que le parecia

ser una tácita acusacion contra sus costumbres. Odiaba Bouillé en Lafayette aquella conviccion tan exaltada y tal vez miraba en él un enemigo irreparable; por eso preferia á Mirabeau, á quien creia mas manejable y menos decidido en su fé política. Hubiera debido la corte unir á estos tres hombres, procurando desvanecer los motivos particulares que los tenian separados, pero no habia mas vínculo de union entre ellos que la monarquia libre, y era preciso resignarse francamente y poner todos los medios necesarios para establecerla. Mas, lejos de eso, la corte caminaba con tal inconsecuencia que sin repeler á Lafayette, le trataba con frialdad; pagaba á Mirabeau que de cuando en cuando la daba una sobarbada; atizaba el mal humor de Bouillé contra la revolucion, cifraba todas sus esperanzas en el Austria y dejaba obrar á los emigrados de Turin. Asi es como procede siempre la debilidad, teniendo mas empeño en alimentarse de esperanzas que en asegurar el éxito, y con semejante conducta no hace mas que precipitar su pérdida, inspirando sospechas que suelen irritar á los partidos, tanto como la misma realidad, porque mas vale combatirlos que amenazarlos.

En vano Lafayette, que queria suplir las faltas de la corte, escribia á su pariente Bouillé, instándole á que se uniese con él para servir juntos

al trono, pero por los únicos medios posibles que eran los de la franqueza y la libertad. Mal inspirado por la corte, Bouillé contestaba con frialdad y de un modo evasivo, en términos que sin emprender nada contra la constitucion, se mantenía en una actitud imponente, por el secreto que guardaba sobre sus intenciones y por la fuerza de su ejército.

Quedó por consiguiente vana é inútil aquella reconciliacion del 14 de febrero que hubiera podido producir tantos resultados. Se acabó el proceso de Favrás y fuese por temor ó por conviccion, le sentenciaron á la horca los jueces del *chatelet*. Manifestó Favrás en sus últimos momentos una firmeza digna mas bien de un mártir que de un intrigante. Protestó de su inocencia y pidió que se le permitiese hacer una declaracion antes de morir. Se habia erigido el cadalso en la plaza de *Grève* y llevaron á Favrás á la casa de la ciudad donde permaneció hasta la noche. Ansiaba el pueblo por ver ahorcar á un marques, y aguardaba con impaciencia aquel ejemplar de igualdad hasta en los suplicios. Declaró Favrás que habia tenido relaciones con un grande del estado, que le habia encargado disponer los ánimos á favor del rey, y como eran necesarios algunos gastos, habia recibido de aquel señor la cantidad de 100 luises de oro, asegurando que este era su único delito; pero no